

Infancias:

contextos de acción, interacción y participación

Infâncias: contextos de ação, interação e participação



Martín Plascencia González
Maria Lidia Bueno Fernandes
Mathusalam Pantevis Suárez
Facundo Corvalán
Coordinadores



**Infancias: contextos de acción,
interacción y participación**

*Infâncias: contextos de ação,
interação e participação*

Dictaminadores

Aloysio Martins Júnior, Universidade Federal de Santa Catarina. Ana Brizet Ramírez Cabanzo, Facultad de Educación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia. Bruno Baronnet, Instituto de Investigaciones en Educación, Universidad Veracruzana. Claudia Guadalupe Arufe Flores, Departamento de Educación ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara. Cristina Massot Madeira Coelho, Faculdade de Educação, Universidade de Brasília. David Poveda, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid. Eliud Torres Velázquez, co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO, Estudios Críticos del Desarrollo Rural. Doctor en Desarrollo Rural por la UAM. Everardo Pérez Manjarrez, Harvard Graduate School of Education. Juliana Lacour, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario. Luciana Hartmann, Instituto de Artes, Universidade de Brasília. Monique Voltarelli, Faculdade de Educação, Universidade de Brasília. Norma Guadalupe Pérez López, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Chiapas. Robinzon Piñeros Lizarazo, Facultad de Educación, Universidad Surcolombiana. Rodolfo Antonio San Juan San Juan, Ciencias sociales/antropología, El Colegio de San Luis. Susana Frisancho, Departamento de Psicología, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Infancias: contextos de acción, interacción y participación

*Infâncias: contextos de ação,
interação e participação*



EDITORA



UnB



UNIVERSIDAD
SURCOLOMBIANA
EDITORIAL

UNR

Universidad
Nacional
de Rosario

Martín Plascencia González
Maria Lidia Bueno Fernandes
Mathusalam Pantevis Suárez
Facundo Corvalán

Coordinadores

Universidad Autónoma de Chiapas
Editora da Universidade de Brasília
Editorial Universidad Surcolombiana
Universidad Nacional de Rosario

Editores

Primera edición, 2020.

Infancias: contextos de acción, interacción y participación / Infâncias: contextos de ação, interação e participação
Martín Plascencia González, María Lidia Bueno Fernandes, Mathusalam Pantevis Suárez y Facundo Corvalán (Coordinadores)

D.R. © 2020. Universidad Autónoma de Chiapas
Boulevard Belisario Domínguez Km. 1081 sin número,
Colina Universitaria, Terán, C.P. 29050,
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México
ISBN: 978-607-561-073-3

D.R. © 2020. Editora Universidade de Brasília
SCS, quadra 2, bloco C, nº 78, Edifício OK,
2º andar, CEP 70302-907, Brasília, DF
Telefone: (61) 3035-4200
Site: www.editora.unb.br
E-mail: contatoeditora@unb.br
ISBN: 978-65-5846-020-6

D.R. © 2020. Editorial Universidad Surcolombiana
Avenida Pastrana Borrero - Carrera 1
PBX (57) (8) 8754753
Neiva, Huila, Colombia
ISBN: 978-958-8896-49-6

D.R. © 2020. Editorial Universidad Nacional de Rosario
Maipú 1065, S2000CGK
Rosario, Santa Fe, Argentina
ISBN: 978-987-702-427-2

Participó en el financiamiento de este libro el Programa para Actividades Científicas, Tecnológicas y de Innovación (2019) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), a través del proyecto Seminario interdisciplinario e interinstitucional sobre estudios de infancias (299284).

Fotografía y diseño de portada: Carlos Alberto Sánchez Álvarez

Los textos que conforman este libro fueron sometidos a arbitraje estricto, dictaminados por pares bajo el procedimiento doble ciego. Es un libro especializado en el tema de infancias, su contenido es responsabilidad de quienes lo firman y no necesariamente refleja la postura institucional de las instituciones coeditoras.

Distribución libre y gratuita, citando la fuente. Prohibida su distribución con fines comerciales.

Contenido

Investigaciones con y por las infancias en Latinoamérica11

Pesquisa com e para infâncias na América Latina 21

Martín Plascencia González

Maria Lidia Bueno Fernandes

Mathusalam Pantevis Suárez

Facundo Corvalán

I. ABORDAJE TEÓRICO-CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO PARA ESTUDIAR/INVESTIGAR CON LAS INFANCIAS

31

1 En torno a la agencia infantil y juvenil: espacios, tensiones y paradojas en comunidades históricas indígenas mayas tsotsiles de Chiapas, México 33

Lourdes de León Pasquel

2 Uma margem no tempo: geografias de bebês, crianças e jovens em fronteiras brasileiras 65

Maria Lidia Bueno Fernandes

Jader Janer Moreira Lopes

3 Estrategias metodológicas e infancias latinoamericanas. Educación, salud y cultura en mundos posibles 93

Facundo Corvalán

Lucía Aranda

Jésica Morello

4 Escutar as crianças: por um mundo onde mais humanos enunciem em muitas linguagens 133

Marisol Barenco de Mello

Márcia Menezes Concencio

II. PROTAGONISMO, PARTICIPACIÓN Y RESISTENCIA

165

- 5 Bibliotecas comunitarias y escolares: diálogos interculturales y protagonismo infantil 167
Kathia Núñez Patiño
Martín Plascencia González
- 6 De guambras a niños mendigo. Análisis dialógicos con Chuqui sobre la transformación del estatuto de los niños de la calle en Quito, Ecuador (2004-2019).... 203
Pablo Hoyos González
Daniel García Pérez
Harvey Sánchez Restrepo
- 7 Territorios afrobrasileños e indígenas colombianos: resistencia y lucha por permanecer en el espacio-tiempo. Cronotopos infantiles otros 237
Mathusalam Pantevis Suárez
Eliane Rodrigues de Castro
- 8 Violencia, adultocentrismo y resistencias. De la migración centroamericana a la participación política de los NNA en la resistencia-rebelde zapatista..... 267
Angélica Rico Montoya

III. EXPERIENCIAS EN EL TERRITORIO

303

- 9 La experiencia educativa con infancias en los recorridos por el territorio 305
María Helena Ramírez Cabanzo
Lorena Cardona Alarcón
Mathusalam Pantevis Suárez
- 10 Mecanismos de estigmatización en la narrativa Gauchasca: infancia rural Argentina del siglo XIX..... 331
Nicolás Marino Elder

IV. LEGALIDAD E INFANCIA

357

- 11 El interés superior de la infancia y la adolescencia refugiada frente al modelo de atención institucionalizado: el caso de Chiapas y Tabasco, México.359
Ivonne Álvarez Gutiérrez
- 12 Políticas de salud mental infanto-juvenil: modalidades de cuidados en el primer nivel de atención (Rosario, Argentina)393
Ana Cecilia Augsburger
Sandra Silvana Gerlero
- 13 'Me lo dicen desde lejos... que soy hija de traficante'. El impacto de las políticas de drogas sobre niñas, niños y adolescentes con padres y madres privados de la libertad 421
Corina Giacomello
- 14 Representaciones de la niñez y extranjería en la legislación y en la infraestructura: acceso a la protección internacional (los albergues de los sistemas DIF en Chiapas, México) ... 455
Larisa Kosygina

II. Protagonismo, participación y resistencia



Violencia, adultocentrismo y resistencias. De la migración centroamericana a la participación política de los NNA en la resistencia-rebelde zapatista¹

ANGÉLICA RICO MONTOYA²

Resumen

La violencia política e intrafamiliar, la inseguridad y la militarización de las comunidades rurales de México y Centroamérica vulneran la existencia de niñas, niños y adolescentes (NNA), quienes no sólo experimentan el hambre, la desigualdad y la pobreza, sino que en algunos casos, frente al castigo, la agresión o el abuso por parte de sus tutores, optan por separarse de sus familias y migrar como una forma de resistencia frente a la violencia intrafamiliar y las amena-

1 Proyecto de investigación propuesto en el Grupo de Trabajo de CLACSO, Eje: “Infancias y juventudes: hegemonías, violencias y prácticas culturales y políticas de resistencia y re-existencia”, en el que se colabora desde el año 2019.

2 Doctora en Investigación Educativa por la Universidad Veracruzana, México. Profesora-investigadora en la Maestría en Cambio Climático y Biodiversidad, del Instituto de Estudios Superiores Rosario Castellanos, Ciudad de México. Investigadora colaboradora de la REIR, del Programa Infancia (UAM) y GT-CLACSO. Correo electrónico: angelmayuk2001@yahoo.com.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4743-2615>

zas de las bandas y grupos delincuenciales que buscan reclutar a los niños como sicarios y en el caso de las niñas, utilizarlas como esclavas sexuales. Estas violencias contemporáneas, están relacionadas con modelos de dominación e implementación de políticas económicas neoliberales reproduciendo la miseria, la exclusión y las desigualdades sociales, comunitarias e incluso familiares, procesos sociales complejos que muchas veces se encuentran inmersos en contradicciones internas, desarticulación, desmovilización política y ruptura del tejido social. Jóvenes, niñas y niños desde la primera infancia están expuestos a múltiples dimensiones de la violencia (estructural, simbólica, física o psicológica) manifiestas en la violencia política estatal o intrafamiliar, que naturaliza comportamientos sociales como el castigo, la agresión o el abuso, mientras construye sujetos de la invisibilidad y el anonimato, muchas veces sometidos a condiciones de interseccionalidad que los re-victimiza y los excluye. Sin embargo, nombrar la infancia en contexto de violencia y desigualdad social nos obliga a mirar a los niños, niñas y adolescentes no sólo como víctimas sino como sujetos sociales capaces de incidir en su realidad, que tienen sus propios modos de vivenciar y asignar significados a las experiencias de vida y sus relaciones intersubjetivas con sus padres, hermanos e incluso con y frente al Estado y sus políticas. En este sentido los movimientos indígenas de Latinoamérica, tal como el Movimiento Zapatista en México, no sólo han resistido a la inseguridad y la contrainsurgencia, sino fortalecido la autonomía personal de los NNA y la autonomía político-social, económica y cultura de sus familias y comunidades. A través de la educación y formación zapatista padres y abuelos entienden que la responsabilidad con las nuevas generaciones no sólo es alimentarlos y protegerlos, sino respetarlos, enseñarlos a sobrevivir y ser autónomos, abriendo un abanico de posibilidades, prácticas decolonizadoras y procesos de subjetivación en los que los NNA se reconocen

a sí mismos como sujetos sociales y actores políticos. A través de los relatos de los NNA migrantes de Honduras, el Salvador y Guatemala recabados por organismos de derechos humanos y las entrevistas dialogadas con las niñas, niños y adolescentes indígenas zapatistas de Chiapas, en este artículo se muestra un mosaico de realidades divergentes y a la vez similares, en las que se ven expresadas las prácticas resistencia de las niñas, niños y adolescentes solos, con sus pares, familias y comunidades. Los NNA sobreviven y construyen otras formas de existir, migrando, defendiendo su territorio y participando políticamente en la construcción de sus autonomías

Palabras clave: infancias y adolescencias, violencia y resistencias, movimiento zapatista

Resumo

A violência política e intrafamiliar, a insegurança e a militarização das comunidades rurais no México e na América Central prejudicam a existência de crianças e adolescentes, que não só passam fome, sofrem pela desigualdade e pobreza, mas, em alguns casos, diante de punições, agressões ou abusos por parte de seus responsáveis, optam por se separar de suas famílias e migrar como forma de resistência à violência intrafamiliar e às ameaças de gangues e grupos criminosos que buscam recrutar crianças como pistoleiros e, no caso das meninas, como escravas sexuais. Essas violências contemporâneas estão relacionadas a modelos de dominação e implementação de políticas econômicas neoliberais que reproduzem a pobreza, a exclusão e as desigualdades sociais, comunitárias e mesmo familiares, processos sociais complexos que muitas vezes estão imersos em contradições internas, desarticulação, desmobilização política e ruptura do tecido social. Jovens e crianças, desde a primeira infância, estão expos-

tos a múltiplas dimensões de violência (estrutural, simbólica, física ou psicológica), manifestadas na violência política estatal ou intrafamiliar, que naturalizam comportamentos sociais, como punição, agressão ou abuso, enquanto constrói sujeitos de invisibilidade e anonimato, muitas vezes submetidos a condições de interseccionalidade que os revitimizam e excluem. No entanto, nomear a infância no contexto da violência e da desigualdade social nos obriga a olhar as crianças e os adolescentes não apenas como vítimas, mas também como sujeitos sociais capazes de influenciar sua realidade, que possuem modos próprios de vivenciar e atribuir significados a experiências de vida e suas relações intersubjetivas com seus pais, irmãos e, ainda, com e perante o Estado e suas políticas. Nesse sentido, movimentos indígenas na América Latina, como o Movimento Zapatista no México, não só resistiram à insegurança e à contrainsurgência, mas também fortaleceram a autonomia pessoal das crianças e adolescentes e a autonomia político-social, econômica e cultural de suas famílias e comunidades. Por meio da educação e formação zapatista, pais e avós entendem que a responsabilidade com as novas gerações não é apenas alimentá-las e protegê-las, mas respeitá-las, ensiná-las a sobreviver e a ser autônomas, abrindo um leque de possibilidades, descolonizando práticas e processos de subjetivação em que crianças e adolescentes se reconheçam como sujeitos sociais e atores políticos. Por meio de histórias de crianças e adolescentes migrantes de Honduras, El Salvador e Guatemala, coletadas por organizações de direitos humanos, e de entrevistas dialogadas com crianças e adolescentes indígenas zapatistas de Chiapas, este artigo mostra um mosaico de realidades divergentes e tempos semelhantes, em que se expressam as práticas de resistência de crianças e adolescentes sozinhos, com seus pares, famílias e comunidades. As crianças e adolescentes sobrevivem e constroem outras formas de existir, migrar,

defender seu território e participar politicamente da construção de suas autonomias.

Palavras-chave: infância e adolescência, violência e resistência, movimento zapatista

Introducción

En décadas recientes México y Centroamérica han estado marcados por la violencia: la militarización, paramilitarización, “guerra contra el narco”, bandas, delincuencia e inseguridad, políticas neoliberales y “proyectos extractivistas” que provocan el desplazamiento de familias y cientos de niños, niñas y adolescentes solos, que abandonan sus casas y comunidades frente a la violencia estructural, simbólica, física o psicológica que naturaliza comportamientos sociales como el castigo, la agresión o el abuso, mientras construye sujetos en medio de la invisibilidad y la exclusión.

La militarización de las comunidades y regiones rurales en México y Centroamérica día a día es más recurrente y en muchas ocasiones aceptada socialmente, al ser legitimada por los Estados-nación como única vía para contener a la “delincuencia organizada”. Sin embargo, más que dañar la estructura interna de esos grupos, dicha estrategia ha generado miles de muertos, desplazados internos, desapariciones forzadas y migración.

La militarización de la policía y la atribución de competencias en materia de seguridad ciudadana al ejército, contrario a reducir el clima de inseguridad, “en muchos países se ha experimentado un recrudecimiento de la violencia, además de reportarse abusos, arbitrariedades y violaciones a los derechos humanos por parte de las fuerzas de seguridad del Estado” (CIDH, 2016).

Según el *Estudio mundial sobre el homicidio* publicado por ONUDD (2019), la tasa media de homicidios anual en el continente americano es de 17, dos por cada 100,000 habitantes, casi el triple que el promedio mundial y casi seis veces más que Europa; la tasa de muertes violentas de niños, niñas y jóvenes es más del doble de la tasa regional. En ese contexto, la concepción de seguridad pública basada en el incremento del control policial y las “políticas de ocupación en las comunidades pobres” contribuye a encubrir la conflictividad social y las enormes desigualdades que caracterizan a nuestras sociedades.

La militarización justificada oficialmente en la región como forma de lucha contra el narcotráfico, lejos de garantizar la seguridad, involucra cada vez más a los niños y niñas en estos conflictos, afectando seriamente sus derechos y sus posibilidades de desarrollo; la violencia no sólo es una situación externa con la que el niño tiene que lidiar, sino que tiene un impacto global en el desarrollo emocional del individuo, en sus actividades, relaciones humanas, normas morales, incluso en su visión de vida.

La militarización de la seguridad pública ejercida por los Estados-nación, no sólo busca detener a la delincuencia organizada, sino que de manera adyacente desmoviliza a la sociedad, contiene la organización comunitaria que defiende sus recursos naturales y territorios, criminalizando la protesta social y de forma reduccionista asociando las causas de la criminalidad con la pobreza. La violencia oficializada opera así, como mecanismo de regulación social y económica, que “es ejercida por formaciones extralegales y agrupaciones criminales de tipo mafioso (sicariato, escuadrones de la muerte, paramilitarismo, grupos de tarea), en el marco de una acelerada privatización de la seguridad estatal” (Fazio, 2008: 7).

En el caso de México, la militarización no sólo responde a una supuesta “lucha contra el narcotráfico”, sino a una estrategia de contrainsurgencia implementada por el Estado para acabar

con los movimientos indígenas por la defensa de su territorio, como es el caso del EZLN en Chiapas.

Violencia, maltrato y adultocentrismo

La violencia estructural en la que sobreviven los NNA de México y Centroamérica es exacerbada por la perspectiva adultocéntrica, es decir, la tendencia de los adultos de ver a los NNA y sus problemas desde un punto de vista parcial y sesgado de la perspectiva adulta.

El adultocentrismo, equiparado con el patriarcado, ha construido y legitimado socialmente una relación asimétrica e injusta entre los adultos y los/as NNA, ya que no sólo invisibiliza las voces, necesidades y aportaciones de estos últimos, sino que otorga a las personas adultas la calidad de sujetos con conocimiento, control, experiencia y capacidad de decisión sobre el cuerpo y existencia de los NNA a su cargo.

La violencia de los adultos hacia la infancia, llámense madres, padres, conocidos, maestros/as, soldados o miembros de las bandas delincuenciales, descansa claramente en visiones adultocéntricas que recogen las diversas representaciones sociales de la niñez, entre las que destacan: la visión de que los NNA son sujetos de protección, manipulables y psicológicamente débiles que requieren de la ayuda de los adultos para actuar como agentes sociales. O bien, negándoles su participación en la esfera político-social, bajo la premisa de que los hijos son propiedad de sus padres, por lo tanto, parte del espacio privado (Alfageme, Cantos y Martínez, 2003). Dichas condicionantes dejan a los NNA en la completa indefensión ante el maltrato, violencia intrafamiliar y la inseguridad propia de su contexto.

Cada siete minutos en algún lugar del mundo, sin conflicto armado, un adolescente es asesinado en un acto violento. La

mitad de estos casos ocurren en América Latina y el Caribe. Entre las formas de violencia durante la niñez y adolescencia identificadas por la UNICEF (2019) en Latinoamérica destacan: la violencia física: castigos corporales y manoteo por parte de los adultos. Violencia emocional, descuido y trato negligente, incluyendo negación de cuidado médico.

En el caso mexicano cerca de 10 millones de niños, niñas y adolescentes viven en condiciones de pobreza alimentaria y el 34% sufre carencias en salud y educación (UNICEF, 2019). Según fuentes oficiales, en el sexenio de Peña Nieto (2012-2018) murieron 242,177 niños y se contabilizaron más de seis mil NNA desaparecidos, siendo Tamaulipas, Guerrero y el Estado de México las entidades con mayor incidencia. En las últimas estadísticas oficiales del Sistema de Protección Nacional de los NNA: tres menores son asesinados al día en el país, el 63% dicen sufrir algún tipo de violencia, 41% violencia corporal y 4% violencia extrema en sus hogares. Por si fuera poco, México ocupa el primer lugar de la OCDE en violencia sexual hacia los NNA (Pronapinna, 2018).

En el caso de los niños migrantes centroamericanos, en el año 2012 se deportaron 4,009 niñas y niños centroamericanos y en 2014, 6,400, un incremento mayor a 50%. La casa Nicolás en Monterrey, Nuevo León, publicó un informe en 2015 acerca de las desigualdades económicas que padece la región del Triángulo Norte Centroamericano (TNCA) y la pobreza que viven sus habitantes y el índice de desarrollo humano; en específico, El Salvador, Guatemala y Honduras son colocados en los lugares 115, 125 y 129 en cuanto a los índices mundiales de bienestar (de un total de 160 países), donde se identifica el grado de desarrollo, así como la calidad de vida de sus habitantes (Ríos Infante, 2015).

De acuerdo con datos obtenidos del Banco Mundial en 2014³ y Casa Alianza de Honduras, cerca del 63% de la población de Honduras se encuentra bajo la línea de la pobreza y el 45,3% bajo la extrema pobreza, principalmente en las zonas rurales. El 21,5% de la población vive con un ingreso diario de 19 lempiras (un dólar estadounidense). Además es el país en Latinoamérica con los niveles más altos de desigualdad económica, crimen y violencia, pues cuenta con una de las más altas tasas de homicidios, siendo 67 asesinatos por cada 100,000 habitantes,⁴

Distintos estudios coinciden en que las NNA de Honduras huyen principalmente por dos tipos de violencia: la cometida por el crimen organizado y la violencia que experimentan en el hogar. Según información de la Fiscalía de la Niñez,⁵ 35 niños, niñas y adolescentes son víctimas de abuso en el entorno familiar cada mes y los delitos que más se cometen en su contra son la violación, violación especial y actos de lujuria (CIDH, 2015).

Del mismo modo, los niños, niñas y adolescentes se ven especialmente vulnerables a ser captados o sufrir diversas formas de violencia física, sexual y de género por *las maras* (CIDH, 2015). Las pandillas y otras organizaciones criminales amenazan, acosan, golpean, violan, desmiembran y asesinan a niños y adolescentes hondureños con impunidad, y amenazan con hacer daño a sus familias.

3 Banco Mundial: *Honduras: Panorama general*, fecha de consulta: 17 de junio de 2016. <http://www.bancomundial.org/es/country/honduras/overview>

4 Instituto Nacional de Estadística (INE), “XVII Censo de Población y VI de Vivienda” 2013, Honduras. <http://www.ine.gob.hn/images/Productos%20ine/censo/Censo%202013/Presen-tacion%20Censo%202013.pdf>, fecha de consulta: 17 de junio de 2016. Banco Mundial: *Honduras: Panorama general*, fecha de consulta: 17 de junio de 2016. <http://www.bancomundial.org/es/country/honduras/overview>

5 Robledo Granados, P., y Rivera, L. G. (2013). *Violencia sexual e infancia en Honduras*. Observatorio de Derechos de Niños, Niñas y Jóvenes en Honduras. Honduras: Casa Alianza Honduras, marzo, p. 9.

En el informe *¿Hogar dulce hogar?* de Amnistía Internacional, de 5,148 homicidios que se registraron en 2015, 727 víctimas eran menores de 19 años, 6,000 niños y adolescentes hondureños viven en las calles sin acceso a servicios; y muchos de ellos *se han echado a la calle para escapar de la violencia en el hogar...* (Amnistía Internacional, 2016). La violencia desenfundada dentro de las familias hace que muchos niños y adolescentes huyan para salvar la vida, situación que permite explicar el aumento del número de niñas, niños y adolescentes que migran solos.

En El Salvador, al igual que en Honduras, la violencia dentro de las familias empuja a la niñez a huir; siete de cada 10 sufren violencia física en el hogar (ACNUR, 2014). Además, se ha llegado a sostener que: “las niñas de El Salvador tienen la desgracia de sufrir abusos sexuales con frecuencia, en muchos de los casos dentro del hogar. El Salvador tiene la mayor tasa mundial de feminicidios [...] Más del 25% de estos asesinatos son de muchachas menores de 19 años” (Ceriani, 2016: 211 y 212).

En cuanto al aumento de la migración de la infancia en Guatemala por razones de violencia, entre 2003 y 2012 la violencia dentro de la familia aumentó más del 50%, siendo las niñas quienes sufren los más altos niveles de violencia, principalmente el incesto (Ceriani, 2012).

El abuso sexual por miembros de la familia es habitual, pero suele mantenerse oculto debido a que los niños y los adolescentes tienen miedo y vergüenza de denunciarlo y porque no confían en que las autoridades puedan protegerlos. La violencia asociada con las pandillas y el crimen organizado también ha aumentado y afecta desproporcionadamente a los jóvenes. Los niños y los adolescentes huyen para escapar de la violencia en el hogar o la coacción para unirse a grupos violentos (Ceriani, 2012: 15).

La problemática que vive la región es resultado de situaciones históricas locales y globales que han afectado a su población de

manera integral, generando condiciones de vida y contextos de violencia que favorecen y motivan la movilidad humana (CNDH, 2016). Cientos se desplazan buscando mejores condiciones de vida frente a la desigualdad social, la exclusión y la pobreza; sin embargo, recientemente se ha investigado que las causas económicas están siendo desplazadas, por causas asociadas a la violencia. De modo particular, las niñas emigran por temor a ser víctimas de violencia sexual, ser víctimas de tráfico, explotación o abuso físico y sexual en sus hogares.

Tan sólo en el primer trimestre de 2014 se deportaron 3,724 niñas y niños mexicanos no acompañados desde Estados Unidos. Si bien en México se han desarrollado diversos mecanismos de protección para las niñas y los niños migrantes no acompañados —lo cual es un avance frente a la invisibilidad del fenómeno—, tienden a ser ineficaces, desde una perspectiva de derechos (Pavez Soto, 2017: 99).

Al lado de la violencia estructural y la inseguridad, en Chiapas, estado del sureste mexicano, con frontera con Guatemala y Belice, se vive un conflicto armado desde 1994, cuando el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) declaró la guerra al Estado mexicano por causas asociadas a la pobreza, desigualdad social y racismo hacia los pueblos indígenas.

A raíz del levantamiento armado de 1994 y después de los 12 días de conflicto bélico, la inteligencia militar determinó que la estrategia más adecuada para acabar con el EZLN era la guerra de baja intensidad (GBI), al considerar la fuerte base social zapatista en las comunidades de la selva y los Altos de Chiapas, el desconocimiento del terreno por parte de los soldados federales y por ver a la Selva Lacandona como un territorio geoestratégico, rico en biodiversidad, recursos naturales y energéticos (Hidalgo, 2006; Rico, 2013).

Este plan se manifestó públicamente el 9 de febrero de 1995, con el rompimiento unilateral de cese al fuego por parte del Gobierno y la entrada del Ejército federal en zona zapatista. Más que acabar con el Ejército Zapatista físicamente, la estrategia de contrainsurgencia ha buscado fragmentar el tejido social comunitario y formar grupos paramilitares que lastimen a la población civil y en especial a las bases de apoyo del EZLN.

Desde la masacre de Acteal perpetrada por el grupo paramilitar Máscara Roja en 1997, los militares han visto a los niños zapatistas como posibles adversarios. Los niños, como continuadores de la organización y lucha zapatista, se han convertido en un grupo objetivo de la GBI. Para comprender esta afirmación, vale la pena recordar la consigna de los grupos paramilitares (Paz y Justicia, MIRA y Chinchulines) de las zonas con presencia zapatista: ¡Vamos a acabar con la semilla! A decir de los sobrevivientes de esa masacre, el grupo paramilitar Máscara Roja gritó esta consigna en Acteal, mientras asesinaba a 45 indígenas (en su gran mayoría mujeres y niños, quienes, aunque no eran bases del EZLN, sino de la organización “Las Abejas”, apoyaban las demandas zapatistas (Rico, 2007).

Las mujeres y los niños indígenas zapatistas, desde la inteligencia militar no sólo son vistos como parte del enemigo a vencer, sino que representan la continuidad de la vida comunitaria, la organización, además de ser un estorbo para la implementación de proyectos y políticas neoliberales que requieren de la biodiversidad de la Selva Lacandona donde se ubican estas comunidades.

Agencia y resistencias de los NNA frente a la violencia: migración y movilización social

El derecho a la participación, la libertad de expresión y decisión establecidos en “La Convención de los Derechos del Niño” (CDN) desde 1989, descansan en la consideración de que niños, niñas y adolescentes pueden y deben tomar parte de las decisiones relacionadas con su propia vida y con los diferentes ámbitos de la sociedad a la que pertenecen. Sin embargo, esta intención de concebir a niños y niñas como sujetos de derechos es muy limitada en la realidad, puesto que como señala Liebel (2006), la CDN no cuenta con ninguna instancia que obligue a los gobiernos a cumplir con sus deberes con los niños.

Cussiánovich (2010) señala que, desde la visión moderna, niños y niñas son prescindibles para la vida sociopolítica, sólo visibles como consumidores y considerados como pre-ciudadanos, pues no se les reconoce su derecho a participar en la vida política, social y cultural de su país, comunidad o familia. A diferencia de lo que ocurre en muchas culturas no occidentales, en las que los niños son percibidos como miembros integrales de la comunidad. La vida de los niños y niñas indígenas de Latinoamérica, por ejemplo, no transcurre al margen de la existencia de los adultos; de acuerdo con sus habilidades, edad y género, se espera que niñas y niños asuman ciertas tareas importantes para su comunidad: de índole social, cultural, económica o política, como el trabajo en la milpa, en el hogar y hasta cargos públicos en la comunidad (Liebel y Saadi, 2012).

En las comunidades indígenas y rurales de Chiapas y Centroamérica se puede observar un modelo de niñez diferente del pautado hegemónicamente para la clase media urbana occidental. Los niños y niñas se articulan con representaciones y prácticas que, aun siendo pequeños, les asignan ciertas capacidades, habilidades y responsabilidades. Esta relativa autonomía se vin-

cula con el entorno cotidiano, el convivir y aprender a manejar su ecosistema.

Los pequeños se integran de forma natural en las actividades de los adultos, más aún cuando circunstancias políticas y sociales, como la guerra, la inseguridad, los desastres naturales y la violencia obligan a los adultos a actuar junto con ellos. Tal como lo analiza Rogoff (1993), los niños y niñas tienen un lugar en la acción, escuchan y miran acontecimientos relacionados con la vida y la muerte, el juego, el trabajo, la resistencia y todos aquellos eventos significativos para su grupo social.

Esta perspectiva permite ver al niño/a como sujeto activo en su proceso de aprendizaje y construcción de conocimiento, el cual no sólo se transforma en los procesos políticos sociales y culturales, sino que incide y es capaz de contribuir a la transformación de su propia realidad (Corona y Morfín, 2003). En el ámbito latinoamericano, la mirada de infancia coincide con paradigmas críticos provenientes de los movimientos sociales que argumentan a favor de la actoría social infantil (Liebel y Martínez 2009):

Podemos entender estas expectativas y reglas como una condición para la participación, pero también como una forma de participación. En lo que se refiere a la posición y el poder de influencia de los niños en la sociedad, estas reglas pueden ir más allá de lo que Occidente entiende por participación, puesto que los niños son considerados miembros responsables de su comunidad (Liebel y Saadi, 2012: 32).

Ahora bien, en este accionar de las sociedades en movimiento, irrumpen y transgreden diversas relaciones en donde las familias se incorporan, incluyendo a sus hijos en esta perspectiva. En las luchas por los territorios y apropiación del espacio público se accionan múltiples identidades infantiles.

El fenómeno de la migración, la inseguridad y la violencia en contra de los NNA, pero también su participación política en los movimientos indígenas y de defensa del territorio de sus comunidades, e incluso la decisión de migrar visibiliza la agencia de la niñez y adolescencia, la capacidad de tomar decisiones y realizar acciones para transformar su sociedad y buscar mejores condiciones de vida.

La agencia de los NNA en contextos adultocéntricos, de inseguridad, violencia como muchos de los hogares de Centroamérica y México, puede y debe ser entendida también como prácticas de resistencia de los NNA para la sobrevivencia. Toda relación de poder conlleva en sí la rebeldía de los sujetos (Foucault) consciente, inconsciente, activa, enfrentando el poder, o pasiva para salir del juego, solitaria, organizada o espontánea. En este sentido, cabe incorporar la noción de resistencia y resiliencia desde una perspectiva latinoamericana, en la que se explicita que el verdadero resiliente no es quien se resigna y se adapta en medio de los factores de riesgo, sino quien se propone a cambiar su sociedad y sus condiciones existentes, transformándose a sí mismo e incidiendo en su contexto (Galende, 2004).

Si bien, como dice Liebel (2019), con la desigualdad y la migración global crece el sufrimiento, también crecen los desafíos para hacerle frente y contrarrestarlo de manera organizada:

[...] los niños llegan a ser maduros más tempranamente y toman parte en el mundo. Surgen síntesis de los conocimientos tradicionales con las formas de vida apropiadas y las nuevas informaciones disponibles. La comprensión eurocéntrica de la infancia no corresponde a estos cambios y más bien los oscurece [...] Las infancias poscoloniales del sur global no son autónomas y separadas en el sentido del patrón de la infancia eurocéntrica idealizada, sino infancias que están estrechamente relacionadas con la sociedad y sus retos existenciales (Liebel, 2019: 40).

Aunque la violencia marca las subjetividades de los NNA, los seres humanos son capaces de construir “entornos de diseño”, en los que la razón humana sobrepasa al cerebro biológico en tanto interactúa con un mundo complejo. Estas relaciones con el entorno pueden ser limitantes, pero también pueden potenciar las actividades de resolución de problemas, manejo del estrés, capacidades de afrontamiento de situaciones críticas como la violencia intrafamiliar, el abuso sexual, la muerte de algún ser querido y los desplazamientos forzados experimentados por los niños de Guatemala, El Salvador, el estado de Chiapas en México, y Honduras.

Durante el conflicto armado en El Salvador, Martín-Baró (1990) analizó que los niños y niñas son capaces de resistir la violencia a través del uso de fantasías, juegos, dibujos y sueños, pero también a través de formas de resistencia psíquica más positivas como “el desarrollo de un mayor control interno y el compromiso político con una causa” (Martín-Baró, 1990: 239), y agregaría yo: frente a la violencia e inseguridad que ponen en riesgo su existencia.

En los estudios de Punamäki (1990: 97) en Palestina se ha explorado la importancia que adquiere la claridad ideológica y el compromiso político del niño para que pueda enfrentar positivamente las circunstancias traumáticas en las que tienen que vivir y desarrollarse.

“Así podemos asumir que la determinación ideológica de luchar contra los problemas explica el aguante de los civiles, mejor que la personalidad, la salud mental u otros determinantes individuales” (Punamäki, 1990: 97).

La violencia encuentra su fundamento en la negación del otro, hace del sujeto un objeto de protección o de exterminio, le impone su fuerza para quebrar su capacidad de resistir (García, 2002: 118) anulando su libertad para decidir. En este sentido, es que vale la pena discernir entre la noción de identidad y subje-

tividad, mientras la identidad, siguiendo a Hall, es el punto de *sutura*, es decir “son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” (Hall, 1992: 20). La subjetividad es “el espacio donde se manifiestan las transformaciones y procesos de reflexión de la acción política [...] así como los sentires, pensares y la proyección del futuro, a partir de lo vivido” (Amador, 2012: 215).

Para continuar en esta línea, cabe destacar la diferencia sustantiva entre individuo y sujeto: mientras el individuo refiere al ser humano como especie, desde una perspectiva meramente biológica, el sujeto se hace a través de la conciencia, entendida en el sentido fenomenológico “de darse cuenta”, “aquella conciencia del *ser ahí* del *dasein* como lo llamaría Heidegger (1927), es la conciencia del sujeto que da cuenta de su existencia, de su vida en el afuera, sale de sí, es en cuanto es el mundo” (Luna, 2006: 19), “la conciencia como visión del propio ser social y de sus horizontes de acciones posibles transforma al hombre en sujeto” (Zemelman, 1992: 127).

El ser humano se hace sujeto en la medida “que ha tomado un camino de subjetivación, es decir que ha tomado la decisión de descentrarse y asumir un punto de vista crítico frente a aquello que lo rodea” (Echeverría y Luna, 2016: 18). Tal como lo explica Touraine (1993), el acto de subjetivarse implica: “transformarse en actor de la misma vida personal”: ser sujeto, a diferencia de ser individuo: “implica asumirse como proyecto de vida con un horizonte ético-político, despejado de marcajes y ritos sociales que lo vinculen al establecimiento y lo instruido de forma heterónoma” (Touraine, 1993: 39).

Los niños y niñas en contextos de violencia, inseguridad o conflicto armado no sólo sobreviven en estos contextos, sino que desarrollan estrategias para re-existir. Tal es el caso de los niños que se unían a la guerrilla o a los grupos de apoyo en Nicaragua:

A los niños no se les obliga a participar, sino que ellos son los que toman conciencia de la situación y piden colaborar. En palabras de unas psicólogas nicaragüenses: el niño, a pesar de su propia naturaleza supo interpretar su mundo, identificó y se integró a la lucha del pueblo⁶ (Moreno, 1991: 47).

La resiliencia para estos niños parecía tener dos componentes básicos: la resistencia frente a la destrucción, es decir, la capacidad de proteger la propia integridad bajo presión. Y la resistencia, como capacidad para construir un conductismo vital positivo, pese a las circunstancias difíciles (García-Vesga y Domínguez de la Ossa, 2013).

En los estudios de Corona y Pérez (2003) sobre una comunidad indígena organizada en torno a la defensa de su territorio en Tepoztlán, México, los investigadores analizaron que a través de las actitudes de los niños se puede identificar su sensibilidad para captar la situación política que les rodea, así como su capacidad para involucrarse activamente en este proceso. Al proceso educativo en el que los niños se ven inmersos, en la construcción de un conocimiento social y político, acorde con los valores culturales de su localidad, Corona y Pérez (2003) lo denominan “pedagogía de la resistencia”.

Los niños y niñas involucrados en conflictos armados o participando en campañas de insurgencia contra regímenes represivos, siempre están buscando que las cosas estén mejor para ellos y para las personas que les rodean, tal como puede verse en las Intifadas en Palestina y el Apartheid en Sudáfrica (Liebel, 2019). Aunque en apariencia esta situación no disminuye los peligros, sino que los exacerba, ayuda a reducir las consecuencias psicológicas de las experiencias traumáticas y hace a los niños más resistentes (Punämakki, 1990). Las personas más activas políticamente

6 Estudios sobre los efectos de la guerra y la agresión en contra de los niños nicaragüenses, revisados por Moreno (1991) y analizados en su libro *Infancia y guerra en Centroamérica*.

se ven protegidas por el ambiente general de lucha, tal como ocurre con los niños, hombres y mujeres zapatistas, quienes han ido construyendo estrategias colectivas de resistencia política, social, cultural y educativa para enfrentar la contrainsurgencia en sus territorios (Rico, 2018).

En los siguientes apartados se revisarán dos casos de resistencia de los NNA frente a la violencia: por un lado, la migración de la infancia y adolescencia centroamericana, y por el otro, la participación política de los NNA en el movimiento indígena zapatista.

La migración como práctica de resistencia de los NNA centroamericanos

Tal como se ha estado analizando en este artículo, las causas por las que las niñas, niños y adolescentes centroamericanos migran son al menos tres: 1) por el contexto de violencia, criminalidad e inseguridad ciudadana prevaleciente en la zona; 2) por razones económicas, derivadas de la desigualdad social y precariedad económica, y 3) por los movimientos encaminados a la reunificación familiar (ACNUR, 2016).

Cada vez son más niños, niñas y adolescentes que se encuentran obligados a cruzar fronteras ante la violencia que viven en sus lugares de origen, o la falta de oportunidades en materia de educación, salud, vivienda, alimentación, incluso el resquebrajamiento de la unidad familiar, niños que deben enfrentar el viaje sin sus padres o no acompañados de personas responsables de su cuidado (CNDH, 2016), tal como se puede analizar en los siguientes testimonios:

Salí por necesidad para ayudar a mi mamá (Elvira, hondureña, 17 años).

Salí para reunirme con mi mamá en Estados Unidos [...] mi tío me maltrata (Laura, hondureña, 16 años).

A mí, mi familia no me trata bien, hay muchas agresiones, y como mis papás ya no están, prefería estar en la calle que en la casa. Mejor me vine con una amiga a México, donde dicen podía trabajar [...] (Mayra, 17 años, Honduras).

Las NNA indígenas sufren regularmente la discriminación y la exclusión social; además, los fenómenos profundamente arraigados de la discriminación contra la mujer y la desigualdad en las relaciones de género propician menos oportunidades de educación y empleo para las niñas y las mujeres centroamericanas. Estos factores, combinados de la pobreza, la desigualdad y la discriminación fuerzan a los NNA a salir de su país y emigrar temporalmente al sur de México para poder trabajar, motivo por el que cada vez son más detenidos por las autoridades migratorias mexicanas en los estados de Chiapas y Tabasco.

Otra situación particular en Honduras, como lo menciona el ACNUR en su informe *Arrancados de raíz*, es que la presencia de las “maras” se extiende por la región; sin embargo, es en Honduras en donde se encuentra el mayor número de personas involucradas en las actividades delictivas de estas pandillas.

Salí de mi país para no caer en las maras ni en el narcotráfico (Josse, hondureño, 16 años).

Tuve problemas con las pandillas. Me presenté en las oficinas de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados en Tapachula, Chiapas, y posteriormente fui canalizado al albergue del DIF en el estado de Chiapas [...] (Luis, hondureño, 17 años).⁷

7 Testimonios recabados por personal de la CNDH en las estaciones migratorias del INM en Acayucan, Veracruz, Villahermosa, Tabasco, y en el albergue “Temporal para Menores

La violencia de las pandillas y el crimen organizado ha proliferado y victimizado desproporcionadamente a niñas, niños y adolescentes en sus países de origen, tal como lo narraron unos niños a ACNUR:

Tenía un grupo de amigos de la escuela y del barrio con quienes crecí. Uno de ellos fue obligado a integrarse a la pandilla local. Ese amigo les dijo que pronto les reclutarían. Pocos días después, “N” recibió la orden de participar en un asalto a un local de la colonia, pero “N” salió huyendo de su país por no querer hacer ese trabajo y ahora teme por su vida. “N” estaba preocupado por el resto de sus amigos, quienes quedaron en El Salvador. También estaba ansioso por su seguridad, pues sabía que no podría regresar a su colonia. Decía: “no he hecho nada, nunca molesté a nadie, pero no puedo volver a mi casa por las pandillas” (ACNUR, 2014: 48).

En El Salvador las cosas se han tranquilizado un poco, pero donde vivo yo todo sigue igual. Los mareros mandan y yo voy con miedo a la escuela y en mi casa. A una amiga de la clase reciente la violaron y yo tengo miedo que me pase a mí. Por eso le pedí a mi papá que me llevara con él. Espero donde está él (en Estados Unidos) las cosas estén más tranquilas (Yany, 16 años, El Salvador).

En El Salvador se ha vuelto común que cobren “rentas” semanales a los dueños de pequeños comercios para poder operar, que acosen a niños y adolescentes para sumarse a sus filas y que obliguen a las niñas a ser sus “jainas” (ACNUR, 2014: 49). Es en este sentido que el desplazamiento ha sido una de las opciones que los NNA han encontrado en la búsqueda de su seguridad y de otros horizontes de vida.

Las políticas públicas de carácter legislativo llevadas a cabo por los cuerpos policiales en Honduras y El Salvador a partir del

Migrantes Viva México” del DIF Chiapas en Tapachula, el 23 y 24 de mayo de 2016, respectivamente.

año 2002, incrementaron el éxodo migratorio de los “mareros” hacia el territorio de Guatemala, donde ya habían encontrado en la ciudad de Tecún Umán un puente hacia México, principalmente por Ciudad Hidalgo, Chiapas, “condiciones que les han permitido conseguir adeptos e incluso imitadores, por ello se observa actualmente una mayor concentración de pandilleros en esa parte de la frontera sur mexicana” (CNDH, 2008: 9). La población en tránsito está en una situación desesperada, porque cruzar hacia Estados Unidos se vuelve cada vez más complicado y regresar a su país no es una opción. Motivo por el que muchos NNA migrantes se encuentran varados en México.

En Estados Unidos algunos políticos rechazan tratar a las personas menores de edad como refugiadas que huyen de la violencia, por lo que pretenden cambiar la “Ley de Reautorización de Protección de las Víctimas de Tráfico de Personas, de 2008”⁸ para que se aceleren sus deportaciones, quitando el debido proceso de los niños no-acompañados, quienes anteriormente tenían derecho a recibir el acompañamiento de un trabajador social, dejándolos en total desprotección, al ser los agentes de la patrulla fronteriza los únicos encargados de decidir su situación migratoria; privilegiando en este sentido las soluciones policiales y militares en lugar de las humanitarias.⁹ El doloroso drama de las personas menores de edad migrantes y refugiadas centroamericanas fue advertido desde hace tiempo por diferentes organizaciones de sociedad civil y religiosas. Sin embargo, fue

8 Esta Ley establece un procedimiento especial para asegurar que los niños y niñas de países que no comparten frontera con Estados Unidos queden protegidos y tengan entrevistas con trabajadores sociales antes de ver a un juez para determinar si merecen un estatus humanitario.

9 Por lo que se habilitan bases militares en Estados Unidos para albergar a estos niños y niñas. Se apoya con financiamiento y logística la creación de fuerzas de tareas policiales y militares para el control de fronteras en Guatemala. Y en México se institucionaliza la presencia del Ejército, la Marina y la Policía Federal en los nuevos Centros de Atención Integral al Tránsito Fronterizo (CAITF), auténticos *súper-retenes* de la frontera sur de México.

hasta junio de 2019 cuando el incremento de la migración de los NNA hacia Estados Unidos se expresó como una “crisis humanitaria”, gracias a los reportajes e imágenes que circularon sobre el hacinamiento de los niños y las niñas en los centros de detención en el país del norte. En 2019, el Instituto Nacional de Migración (INM) en México informó que los centroamericanos detenidos y deportados desde México superaban ya los 55 mil, siendo 11 mil de ellos, niños, niñas o jóvenes, mayoritariamente hondureños.

Aunque desde la perspectiva de las autoridades estadounidenses esta crisis migratoria es un problema administrativo para Centroamérica, es la revelación de una tragedia profunda y estructural, todos los niños y niñas migrantes van huyendo de la violencia, de la pobreza y del abandono.

La fuerte campaña de política exterior desplegada por Estados Unidos ha promovido en Centroamérica y México la adopción de nuevas políticas nacionales bajo los enfoques de criminalización, seguridad y control migratorio. Un ejemplo ha sido la forma como se señala el incumplimiento de la responsabilidad parental de estos niños y niñas como una de las razones de la crisis, a la vez que se deja de lado la indiferencia de los gobiernos de la región y las flagrantes violaciones de derechos humanos en las que incurre el Gobierno estadounidense en perjuicio de todas estas personas menores de edad y sus familiares (RJMCMN, 2016: 7).

La resistencia rebelde y la construcción física y simbólica del territorio zapatista

El contexto sociocultural y económico de Chiapas no dista mucho del de Guatemala, El Salvador y Honduras. Las políticas neoliberales y proyectos extractivistas sin duda han acrecentado la pobreza, marginación y las brechas de desigualdad social. El estado de Chiapas, junto Oaxaca y Guerrero son los estados con

mayor pobreza extrema (Coneval, 2014), junto a la exclusión a causa de prácticas racistas y el analfabetismo, además de que concentran casi a la mitad de la población indígena del país.

Sin embargo, la organización social y política de las comunidades indígenas y directamente de los 38 Municipios Autónomos Zapatistas en Chiapas, sin duda ha permitido subsanar las condiciones en las que se desarrollan los niños, niñas y adolescentes indígenas de estas comunidades rebeldes, con su propuesta de autonomía y proyectos propios de educación, salud, proyectos productivos, medios alternativos y derechos humanos fuera de la supervisión del Estado.

A partir del trabajo etnográfico y de investigación participativa con las comunidades indígenas zapatistas por más de 20 años, se han revisado los efectos de la contrainsurgencia en las bases de apoyo zapatista, pero sobre todo ha permitido analizar las prácticas de socialización y educación decolonizadora y la forma en que éstas repercuten en las subjetividades y las resistencias de los niños, niñas y adolescentes.

Entre la guerra y la autonomía, los NNA experimentan procesos de subjetivación en los que pasan de ser víctimas de guerra, a reconocerse a sí mismos como sujetos sociales y actores políticos que participan en la organización y la liberación de sus pueblos (Rico, 2016). En la educación autónoma zapatista no sólo se busca enseñar a los niños la lectoescritura o a sumar y restar, sino a promover espacios educativos donde reflexionen sobre su historia, identidad y de cómo su resistencia fortalece la construcción de la autonomía comunitaria; esta situación ha permitido que los niños se identifiquen con los valores, símbolos y principios de la organización zapatista, provocando, en ellos, sentido de pertenencia a un grupo y a su territorio.

Los niños y niñas con este capital social y político no sólo obedecen sino opinan, preguntan y exigen sus propios espacios de reflexión, donde ellos dicen lo que sienten y piensan, además

de que construyen su propia forma de ser autónomos. En los siguientes relatos podemos entender que la autonomía para los NNA indígenas zapatistas es:

Construir nosotros mismo soluciones a nuestras necesidades (Juanito, 14 años).

Es tener un futuro mejor (María, 11 años).

Ser respetado como indígena (Josefina, 11 años).

Tener un municipio que resuelva nuestros problemas y que respete al pueblo (Beto, 14 años).

Es que el pueblo mande y el Gobierno obedece (Francisco, 12 años).
(Entrevistas realizadas en 2015 en Chiapas, México).

Los y las zapatistas han resistido activamente a las políticas de contrainsurgencia implementadas por el Gobierno de México, desarrollando una serie de estrategias políticas, sociales y sobre todo culturales, que en cierto sentido permiten fortalecer las subjetividades resilientes y rebeldes de los militantes. La resistencia de las familias zapatistas no evoca una oposición mecánica e inconsciente frente a la dominación política y económica del Estado, sino una acción alternativa consciente de niños/as, hombres y mujeres frente a la contrainsurgencia y la represión que les ha permitido sobrevivir incluso en situaciones límite, es decir, cuando está en peligro su propia existencia.

Para ejemplificar esta situación tenemos el caso de Manuela, mujer madre responsable comunitaria, quien, a más de 10 años del asesinato de Antonio, comisariado ejidal zapatista, todavía no logra comprender *¿por qué los paramilitares mataron a su esposo frente a su hijo?*, sin importarles que Petul era apenas un niño de ocho años:

Llegó [su esposo] a la milpa de madrugada como todos los días, regresaba de trabajar, eran como las 12 del día, en el camino lo mataron, le dispararon [...] (silencio, mira por la ventana). Petul, mi hijo tenía como ocho años [...] [mueve la cabeza] iba con su papá y su abuelo [...] regresó llorando, todo lleno de sangre [lágrimas] gritando: “¡mataron a mi papá, lo mataron!” [recarga su cabeza en sus manos] Yo no sabía si era sangre de mi niño o de mi esposo [me mira y me enseña sus manos] ¡lo abracé, lo revisé, le pedí que se calmara! [lágrimas ruedan por sus mejillas] que me explicara qué pasaba, qué le habían hecho a mi Antonio (Manuela, entrevista 2014).

Los ataques paramilitares buscan infundir miedo a la población en dos sentidos: físico, con la eliminación pública de ciertas personas que son un referente moral dentro de la organización zapatista; y psicológico, ya que se pretende paralizar a todos los que de alguna manera se identifiquen con las víctimas (Martín-Baró, 1990); de ahí que dejaran vivo a Petul, como un testigo del horror y del dolor provocado por la contrainsurgencia y para que esta experiencia pudiese ser transmitida a su familia y comunidad.

Las autoridades autónomas municipales son elegidas por ser ejemplares, por ser reconocidas en sus comunidades como personas honestas y buenos padres, que no sólo pueden administrar los recursos y organizar proyectos autónomos, sino que son personas sabias capaces de contener la resistencia, el dolor y la rabia de las bases frente a la violencia, militarización y masacres; además de saber escuchar, dar consejo, cuidar a su gente y hacer justicia. Antonio era comisariado ejidal del municipio, reconocido por ser un hombre justo, tal como lo recordó Petul (su hijo) en una charla realizada en 2006, cuando el niño tenía nueve años. Mientras nos ayudaba a preparar los materiales para unas dinámicas de juego, el niño comenzó a hablar del asesinato de su padre, ocurrido unos meses antes (Rico, 2007):

Los chinchulines son muy malos, cuando atacaron mi comunidad, hacían ruidos como de animales, decían que iban a acabar con la semilla zapatista [...]

—¿Qué significa eso de la semilla zapatista?

—Mi papá decía que la semillita zapatista somos nosotros, los niños en resistencia. Por eso tuvimos que huir, para que no nos mataran, como a mi papá [...] Él era *pijil winik* [hombre sabio y autoridad autónoma] de la comunidad, lo emboscaron y lo mataron. Yo no quiero ser autoridad como él, quiero ser insurgente [...]

—¿Y no te da miedo?

—Claro que me dan miedo, los tanques, bombas, pero más miedo da que maten a mi mamá o a mis hermanitos [...] (Petul, nueve años, entrevista, 2006).

Frente a experiencias traumáticas, el niño puede desarrollar resistencias, las cuales dependen de la edad y las reacciones de sus familiares más cercanos. Una de las resistencias más comunes como ya se explicó son las fantasías, pero otras evidentemente son el compromiso político del niño con una causa. En su narrativa Petul no sólo remite a la violencia, sino a un posible “proyecto de futuro”; el niño a través de su participación política en la organización no buscaba venganza sino proteger a sus seres queridos.

El testimonio de Petul también denota la otra dimensión que constituye el contexto de los niños y niñas zapatistas, el de la organización y la resistencia. Al autonombrarse semillita zapatista, Petul se siente parte de un movimiento en el que pueden hablar y donde los adultos interactúan con ellos, tal como lo demuestran las pláticas que el niño sostenía con su padre (Rico, 2018). De ahí que los testimonios de los niños tseltales zapatistas denoten un mayor temor por las pérdidas de sus familiares o de su territorio, que por su propia seguridad, al menos en su imaginario.

Lo que permite entender la resistencia y compromiso de los y las niñas zapatistas con la lucha es que para ellos su seguridad

está ligada a la unidad familiar, el cuidado del otro, el vínculo con la “Madre Tierra” y la organización, tal como lo expresa Alma, hija de Amalia, mujer-madre e insurgente zapatista (Rico, 2018):

No me gusta pasar con mi mamá por el retén, ella piensa que me dan miedo los guachos, pero no, a mí me da miedo que descubran que ella es insurgente, que se la lleven, pues ella me calma, dice no, no pasa nada, perro que ladra no muerde y me hace cosquillas [...] por eso voy a la escuela autónoma para seguir la lucha, para que los guachos [soldados] se vayan de Yochib y nunca más regresen (Alma, 11 años, entrevista 2015).

Madre e hija subliman su miedo a través del cuidado del otro; la niña piensa en que los soldados pueden llevarse a su madre si la reconocen en el retén, y por su parte su madre recurre a las cosquillas y a un refrán popular para calmar a su hija. En la segunda parte del relato Alma asume una posición política frente a la contrainsurgencia, al expresar que para eso estudia en la Escuela Autónoma, para expulsar a los soldados de su comunidad.

Sin embargo, también nos habla de la vulnerabilidad de los niños y niñas zapatistas. Igual que los adultos, los niños son perseguidos, detenidos, desplazados¹⁰ y asesinados en estos contextos de contrainsurgencia, cuyo objetivo no sólo es minar el apoyo al movimiento, sino acabar con su posible reproducción.

Es así que la resistencia-rebelde zapatista no puede ser entendida como una resistencia pasiva, sino activa y constructiva, configurada históricamente a través de décadas de experimentar el racismo, la violencia, la colonialidad. Dicha resistencia, además de ser parte constitutiva de la identidad rebelde, representa

10 El Centro de Documentación sobre Desplazamiento Interno Forzado en México estimó en un estudio realizado por la Oficina de Naciones Unidas para la Droga y el Delito y el Instituto Mora en 2011, que en el estado de Chiapas la cifra de personas desplazadas supera las 30 mil, lo que equivale a unas 5,320 familias apartadas de sus lugares de origen por motivos de violencia, en su mayor parte vinculados por el conflicto armado. <http://desplazamiento.mora.edu.mx/>

para los militantes un posicionamiento político, social, cultural y decolonial frente a la contrainsurgencia y es transmitida, recreada y configurada por las nuevas generaciones a través de la oralidad, las prácticas rebeldes y la memoria colectiva. Tal como se puede analizar en el siguiente relato:

Mi mamá me cuenta cosas tristes de los *jmetatik* que vivieron las fincas. A veces sueño que voy a verlos [...] y los rescato pues [...] para eso soy zapatista. Dicen que pagaban con trago, nada de dinero *pa'* comprar tu comidita, trago, golpes [...] veías buena comida en la casa de los patrones: carne, frutas, dulces [...] y tu panza vacía chillando, dormías con hambre (Freddy, 12 años).

A través de los relatos de los abuelos y padres a los NNA se empieza a constituir la memoria colectiva rebelde; en su relato Freddy habla de lo que vivieron sus antepasados en las fincas, la forma en que eran esclavizados y maltratados, también nos habla de su idea de lo que significa ser zapatista: luchar y rescatar a los necesitados.

Niños y adultos han ido reconstruyendo su historia y su proyecto político de futuro revisando y analizando los episodios de violencia y de resistencia experimentados por ellos y por sus antepasados, así como las políticas contrainsurgentes del Estado, los proyectos compensatorios del Gobierno y la militarización de sus comunidades en todos los espacios de *educación y formación zapatista* (Rico, 2016), de ahí que la resistencia para los niños sea:

No recibir proyectos de gobierno (María, 11 años).

Ser rebeldes y fuertes para aguantar la guerra (Rolando, 12 años).

No vivir de rodillas (Josefina, 11 años).

Ser libres para decidir lo que queremos (Beto, 12 años).

No rendirnos (Francisco, 12 años).

Resistencia es cuando no recibimos los dulces de los soldados, aunque se nos antojen (José Luis, 11 años).

La “resistencia-rebelde” zapatista implica un delicado e intrincado tejido de relaciones que va de lo individual a lo colectivo, del espacio público al privado; ambos procesos tienen su anclaje en la valoración positiva de la identidad personal y colectiva, así como en la agencia de los sujetos para la construcción territorial de su autonomía. Los procesos de enseñanza-aprendizaje zapatistas se convierten así en espacios pedagógicos que promueven la capacidad de los sujetos de incidir en los diversos procesos de construcción social y transformación de la realidad, en formas de reflexión y acción colectiva al interior del movimiento para cubrir sus necesidades básicas, pero también para compartir un proyecto político y formas de resistir activamente ante la contrainsurgencia. Motivo por el que los niños aun a corta edad decidan ser parte del movimiento, tal como lo expresa Freddy, hijo de Ana María, autoridad regional zapatista:

Cuando era chiquito, me iba con mi mamá al Caracol, a trabajar en la Junta de Buen Gobierno (JBG), me gustaba estar allá, jugar en la cancha, ver a los compas de la montaña, saber que no estamos solos pues, que somos un chingo [muchos], se siente bonito [...] Pero ahora [...] ya estoy cansado. No sé cómo mi mamá no se cansa. Ahora me quedo con mis abuelitos, voy a la milpa [...] De por sí, cuando sea grande voy a tenerme que ir a la JBG, como voy a ser autoridad zapatista (Freddy, tselal, 12 años, entrevista 2015).

Aunque apenas tiene 12 años, Freddy conoce bien la estructura del gobierno autónomo y sus instituciones locales, ha vivido largas temporadas en la cabecera municipal. Desde que era un bebé acompañó a su madre a la capacitación de promotores y formadores zapatistas, por lo que vivió en la cabecera municipi-

pal y posteriormente en el “Caracol” de la Garrucha, cuando su madre fue nombrada autoridad en la Junta de Buen Gobierno.

La socialización temprana en un contexto de lucha política ha permitido a Freddy obtener un conjunto de saberes propios de la militancia. En su relato, Freddy se reconoce a sí mismo zapatista, sabe que él será el encargado de continuar con la lucha de su madre y abuelos, motivo por el que piensa que cuando llegue el momento, él tendrá que ocupar el lugar de su madre como autoridad autónoma.

Los/as adolescentes y jóvenes zapatistas son quienes asisten actualmente a las marchas, quienes se preparan para los eventos políticos, artísticos (2017) y científicos (2017) en territorios rebeldes y fuera de ellos, como la “Marcha del silencio” de 2011, el evento luctuoso de Galeano en la Realidad, o la formación de votantes para la escuelita zapatista (2013).

Aquí todos tenemos que cooperar, si no hay fondo comunitario, cada familia pone la paga de sus hijos para que cumplan con su comisión, llevan su pozol, tostadas, frijolitos. A la Aure y al Domingo, desde los 13 los han elegido como representantes, ya fueron a la Realidad y a San Cristóbal. Su hermanita mayor Toña estuvo en la “Consulta Nacional” con su papá allá por San Luis Potosí en el 99 (Amalia, entrevista, 2015).

Una de las estrategias políticas que el EZLN ha promovido para que las muchachas y niñas zapatistas no sean el blanco de los chismes de las comunidades, es que en todas sus comisiones vayan “en par”, una pareja formada por un hombre y una mujer de la misma familia. Pueden así acudir a eventos desde muy pequeños, es así que los niños pueden ir con su mamá y las niñas con su papá, permitiendo la socialización y transmisión de conocimientos intergeneracionales en espacios políticos públicos, generando cambios determinantes en las infancias y juventudes zapatistas, tal como lo analiza Amalia:

Es diferente la vida de los niños de ahora a los de antes, crecen más rápido, hacen lo que les gusta, son más autónomos [dice sorprendida y a la vez orgullosa]. Cada vez son más jóvenes los que van a un evento político zapatista fuera de su comunidad. Primero se platica con ellos, se les explica a lo que van, no van a pasear, van a representar a su pueblo, llevan nuestra palabra, tienen que estudiar mucho antes de ir, prepararse. Después regresan a contar lo que pasó, cómo les fue, traen toda la información para los trabajos que siguen. Se nombra un responsable por cada grupo (Amalia, entrevista, 2015).

La estrategia de reproducción político-cultural de los pueblos zapatistas contrarresta la intromisión del Ejército federal, los grupos delincuenciales y los cárteles en su territorio, construyendo con sus propios valores: símbolos, relaciones políticas, un paisaje de resistencia y autonomía, con el fortalecimiento de sus espacios locales y sistemas normativos que se les enseñan a los niños desde muy temprana edad. Aunque algunos estudios afirman que en contexto de guerra o violencia los niños y niñas sólo tienen dos opciones: “ser víctimas o victimarios”, la realidad es que niños y niñas como sujetos activos, al interior del movimiento indígena zapatista son capaces de tomar decisiones y actuar en consecuencia, sobre todo si tienen la fortuna de experimentar la guerra y la violencia al lado de su familia y comunidad.

Conclusiones

Las niñas, niños y adolescentes que se desenvuelven en comunidades históricamente marginadas de México y Centroamérica no sólo generan agencias, sino estrategias de resistencia y supervivencia frente a los contextos adversos. Dichas estrategias pocas veces son individuales, el aprendizaje y memoria colectiva de estos sectores implican un delicado e intrincado tejido de relaciones que va de lo individual a lo colectivo, del espacio público

al privado; ambos procesos tienen su anclaje en la valoración positiva de la identidad personal y colectiva. En el caso de los NNA zapatistas la presencia de la familia, comunidad y organización es una garantía de seguridad, debido a que el conocimiento de las bases zapatistas respecto a la guerra de baja intensidad y su compromiso político, ético y decolonizador para con las nuevas generaciones, les ha permitido crear en torno a los NNA espacios de reflexión, donde los pequeños pueden escuchar por qué están luchando sus padres y abuelos, preguntar sus dudas en un ambiente propicio, decir lo que sienten y por lo tanto interactuar con las estructuras militares y grupos delincuenciales desde una distancia relativamente segura.

Sin embargo, los niños, niñas y adolescentes centroamericanos no tienen la misma suerte, ellos tienen que sobrevivir a la violencia, muchas veces desde el abandono y la soledad. Los NNA, sin embargo, no sólo resisten pasivamente sino que inventan y configuran estrategias individuales y colectivas de forma cotidiana para re-existir solos, o en compañía de sus pares, en las calles, en las ciudades y cruzando fronteras.

Referencias

- Amador, Z. (2012). *Ocupar, resistir, aprender a organizarse: Movimiento dos Trabalhadores Rurais Sem-Terra, zona da mata, nordeste de Brasil*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: CIESAS.
- Amnistía Internacional. (2016). *Informe “¿Hogar dulce hogar? El papel de Honduras, Guatemala y El Salvador en la creciente crisis de refugiados*. El Salvador: AI.
- Banco Mundial. (2018). *Honduras: Panorama general*. Consulta: 17 de junio de 2018. <http://www.bancomundial.org/es/country/honduras/overview>

- Ceriani C., Pablo (coord.) (2012). *Niñez detenida. Los derechos humanos de niñas, niños y adolescentes migrantes en la frontera México-Guatemala*. Argentina: Universidad Nacional de Lanús. México: Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdoba.
- . (2016). *Niñez y migración en Centro y Norteamérica: Causas, políticas, prácticas y desafíos*. California: University of California-Hastings College of the Law. Argentina: Universidad de Lanús, p. 15. http://redtdt.org.mx/wpcontent/uploads/2015/11/ninez-migracionderechoshumanos_fullbook_espa%c3%b1ol_3.pdf
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2015). *Informe sobre la situación de derechos humanos en Honduras* (p. 52, párrafo 104).
- Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH). (2008). *Informe especial sobre las pandillas delictivas transnacionales conocidas como "Maras"*. México.
- . (2016). *Informe sobre la problemática de niñas, niños y adolescentes centroamericanos en contexto de migración internacional no acompañados en su tránsito por México, y con necesidades de protección internacional*. Ciudad de México.
- Corona, Y., y Morfín, M. (2003). *Diálogo de saberes sobre participación infantil*. Ciudad de México: UAM-Xochimilco.
- Corona, Y., y Pérez, C. (2003). Resistencia e identidad como estrategias para la reproducción cultural. *Anuario 2002* (pp. 55-66). Ciudad de México: UAM-Xochimilco.
- Cussiánovich, A. (2010). *Ensayos sobre infancia II. Sujeto de derechos y protagonista*. Lima: IFEJANT.
- Echeverría, M., y Luna, M. T. (2016). La subjetividad infantil en contextos de conflicto armado. *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, núm. 81, pp. 39-60.
- Galende, E. (2004). Subjetividad y resiliencia del azar y la complejidad. En: A. Melillo, E. Suárez, y D. Rodríguez (comps.), *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida* (pp. 23-62). Buenos Aires: Paidós.
- García, M. (2002). *Foucault y el poder*. Ciudad de México: UAM-Xochimilco.


- García-Vesga, M. C., y Domínguez-de la Ossa, E. (2013). Desarrollo teórico de la resiliencia y su aplicación en situaciones adversas: Una revisión analítica. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11(1): 63-77.
- Hall, S. (1992). ¿Quién necesita la identidad? En: R. Buenfil (coord.), *En los márgenes de la educación. México a finales del milenio* (pp. 13-39). Ciudad de México: Plaza y Valdés Editores.
- Martín-Baró, I. (1990). De la guerra sucia a la guerra psicológica: El caso de El Salvador. En: I. Martín Baró, *Psicología social de la guerra: Trauma y terapia* (pp. 159-163). San Salvador: UCA Editores.
- Moreno, M. F. (1991). *Infancia y guerra en Centroamérica*. San José: FLACSO.
- Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). (2014). *Arrancados de raíz*. Ciudad de México.
- ONUDD. (2019). *Estudio mundial sobre el homicidio*. Viena: Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito.
- Pronapinna. (s/f). *Programa Nacional de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes 2016-2018*. Ciudad de México.
- Punamäki, R. L. (1990). Una infancia a la sombra de la guerra. Estudio psicológico de las actitudes y vida emocional de los israelíes y palestinos. En: I. Martín-Baró (coord.), *Psicología social de la guerra: Trauma y terapia* (pp. 253-267). San Salvador: UCA Editores.
- Red Jesuita con Migrantes Centroamérica y Norteamérica. (2016). *Se pronuncia sobre: La migración de los niños y niñas centroamericanos a Estados Unidos. ¿Quiénes son los responsables? ¿Y cuáles son las acciones urgentes?*
- Red Latinoamericana de Acogimiento Familiar (Relaf). (2011). *Niñez y adolescencia migrante: Situación y marco para el cumplimiento de sus derechos humanos*. Serie: Publicaciones sobre niñez sin cuidados parentales en América Latina: Contextos, causas y respuestas, octubre.

- Rico, A. (2007). *Niñas y niños tseltales en territorio zapatista. Resistencia, autonomía y guerra de baja intensidad*. Tesis de Maestría Posgrado en Desarrollo Rural. Ciudad de México: UAM-Xochimilco.
- . (2013). Percepciones de niños y niñas zapatistas. Guerra, resistencia y autonomía. *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, núm. 73, pp. 57-78.
- . (2016). Narrativas de violencia y resistencia de las infancias zapatistas. Educación autónoma y contrainsurgencia en Chiapas. *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, núm. 81, pp. 13-38.
- . (2018). *Infancias y maternidades: Subjetividades políticas emergentes en las prácticas educativas y de resistencia-rebelde frente a la contrainsurgencia en Chiapas*. Tesis de Doctorado en Investigación Educativa. Xalapa: Universidad Veracruzana-IEE.
- Ríos Infante, Victoria, et al. (2015). *Migración centroamericana en la zona metropolitana de Monterrey*. Monterrey: Casa Nicolás/Centro de Política Comparada y Estudios Internacionales de la Universidad de Monterrey/Centro de Derechos Humanos y Facultad Libre de Derecho de Monterrey, Cuarto informe, p. 9.
- Robledo Granados, P., y Rivera, L. G. (2013). Violencia sexual e infancia en Honduras. *Observatorio de Derechos de Niños, Niñas y Jóvenes en Honduras*, marzo, p. 9. Honduras: Casa Alianza Honduras.
- Touraine, A. (1993). *Crítica de la modernidad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- UNICEF. (2019). *Panorama estadístico de la violencia contra niñas, niños y adolescentes en México*.
- Zemelman, H. (1992). *Los horizontes de la razón. II. Historia y necesidad de la utopía*. Barcelona: Anthropos.

Infancias: contextos de acción, interacción y participación
(Infâncias: contextos de ação, interação e participação)
se terminó de editar en diciembre de 2020
en las oficinas de Ediciones de la Noche

www.edicionesdelanoche.com





Las infancias, su participación, sus interacciones y sus acciones contextualizadas, son abordadas en esta obra. Aparecen en la transcripción de los textos las infancias latinoamericanas, en múltiples geografías y en múltiples formas de ser y estar en el mundo. Considerando en todo momento su presencia agentiva, considerando simultáneamente las culturas adulta e infantil en interconexión necesaria.

Esta obra coordina esfuerzos para generar un entorno reflexivo, crítico y sensible sobre la posición política de las infancias, donde investigadoras e investigadores de Latinoamérica, confluyen en el relato sobre las infancias visibles, protagonistas, en resistencia, vulneradas. Estos intercambios que surgen y resurgen en los textos van encaminados a una propuesta donde se trabaje y se dialogue con y para las infancias.

Así mismo, esta obra representa la interconexión de diversas áreas del conocimiento (sociolingüística, geografía humana, antropología, psicología del niño y del adolescente, educación y derecho), conservando su unidad temática, las infancias, con experiencias específicas de Argentina, Brasil, Colombia y México. Finalmente, la obra es una producción editorial conjunta de la Universidad Autónoma de Chiapas (México), Universidad de Brasilia (Brasil), Universidad Surcolombiana (Colombia) y Universidad Nacional de Rosario (Argentina).